

“Mastranzo (Lippia alba).” | Hilary Villegas



Interprextos / volumen 2, número 3
Marzo-agosto de 2025 / pp. 51-58
ISSN-L: 3061-7227
Divulgación

Palmera, gorrión, bigote*

María Bellido Vargas [ORCID: 0009-0000-9122-9887](https://orcid.org/0009-0000-9122-9887)
Escritora española/Independiente;
Madrid, España

Recepción: septiembre 30 de 2024

Aceptación: noviembre 13 de 2024

Palmera fue la primera palabra que olvidó.

—¿Cómo se llama eso?

—¿El qué, mamá?

—¡Eso, lo del parque!, ¡eso!, ¿es que no ves?

—¿El árbol?

—¡Pues claro!, ¿qué va a ser si no?

—Es una palmera.

—Eso es.

Media hora después estarán sentadas ante la mesa haciendo los ejercicios que le ha mandado el médico. Ella tiene ochenta años y su hija cuarenta. «Señala los objetos que empiezan por P», dice el enunciado. Su hija lo repite en voz alta, no sabe si su madre lo ha entendido. «Tienes que meter en un círculo los objetos que empiezan con la letra P». La madre mira el cuadernillo fijamente. Hay una llave, una puerta, un sacapuntas, un perro, una palmera, una sartén y algo que parece un cruce entre un gato y un conejo. ¿Por qué meten siempre cosas de este tipo? La hija se quedará mirando aquel «gatonejo» mientras su madre coloca dentro de un círculo el



perro y la puerta, duda unos segundos ante el «conegato» mirando por el rabillo del ojo a su hija, hasta que pasa de largo.

—¡Ya está! ¿Está bien?

Palmera fue la primera palabra que olvidó, o quizá no. ¿Cómo saberlo?

En una habitación hay un bebé, un bebé regordete y sonriente que babea metiéndose una pieza de juguete en la boca. No pasa nada. No hay peligro, dos ojos observan cada movimiento. No hay peligro, es una pieza de construcción para niños pequeños, puede, incluso, que sea su primer juguete. Todo va bien, la niña babea sobre el cubo y la madre babea sobre la niña. Todo es normal. El bebé, sin sacarse la pieza de la boca, balbucea algo. La madre la mira, el bebé aparta el juguete y vuelve a balbucear algo, más fuerte esta vez. «¿Has oído?», dirá la madre. «¿El qué?», preguntará el padre apartando el periódico deportivo. «Creo que ha dicho algo». Cuatro ojos mirarán a la niña, que vuelve a estar en silencio. Cuatro orejas ansiosas por saber qué es lo primero que dirá, qué palabra será la primera que formará su cerebro. Hay que estar atentos, no pueden perderselo, luego habrá que repetirlo, una y mil veces, a los abuelos, a las tías, quizá incluso un día la nena lo pregunte. Hay que estar atentos. La madre está segura de que esa palabra será «mamá», no importa que todavía no sepa lo que significa, ya lo entenderá porque cada vez que lo diga, ella le sonreirá, le dará un beso y la niña acabará entendiendo esa relación. Al padre le da igual, pero qué chasco se llevará la madre si la palabra es «papá», y eso le hace sonreír, mientras, mira a la nena que chupa otra vez con fruición el juguete.

En otra habitación, en otra casa, puede que incluso en otra ciudad, está ella. Busca algo, mira por todos lados, encima de la mesa, en la cómoda, en el mueble de la entrada. Busca algo y ese algo, no tiene nombre ya en su cabeza. Ese algo es la cosa, la cosa que está buscando. La acaba de dejar, no hará un minuto que entró por la puerta con la cosa en la mano y la soltó. ¿Dónde? No se acuerda. ¿El qué? Ni idea, no tiene ni idea. Por eso lo busca. ¿Y si es algo importante? ¿Y si es un papel del banco? Puede ser algo que se ha olvidado de pagar, puede ser eso. Esa cosa, ¿le generaba una sensación mala, buena o le era indiferente? Tampoco logra acordarse de

esto, y vuelve a empezar a mirarlo todo. El mueble de la entrada, la mesa del comedor, la cómoda, el mueble de la cocina, la cama, debajo de la cama. Hay algo tirado junto al perchero de la entrada, se agacha y lo coge. Parece una foto, una foto de esas que se mandan por correo poniéndoles un sello, la mira, es un paisaje de playa, un paisaje lleno de esos árboles: ¿cómo se llaman esos árboles? No hay nadie más en la casa. Por la noche, si se acuerda, se lo preguntará a su hija cuando hablen por teléfono.

Quizá palmera fue la primera palabra que olvidó, sin embargo, en su vida hubo muchas palmeras. Había palmeras en el pueblo en el que nació, muchas, muchas palmeras en la calle mayor. Ella las vería desde su cochecito cuando recién nacida la paseaban. Vería cielo y palmeras, cielo y más palmeras, y la cara de mamá asomándose, y un niño, y un pájaro, y más cielo y más palmeras... También había en el pueblo en el que vivió cuando se casó. No tantas como en su pueblo, pero había una en medio del patio de la casa, junto al pozo donde se sentaba a esperar que su marido volviera del trabajo. Se sentaba allí, con otras mujeres que esperaban también y charlaban un rato, pelando judías o haciendo alguna labor. Esperaban a la sombra de esa palmera centenaria, casi sin notar su presencia. Y las tardes se pasaban volando, una tras otra. Y luego cuando llegaron a la ciudad había una enorme que veía cuando iban de paseo con las niñas al Jardín Botánico. Esa le encantaba porque le recordaba su pueblo y ese otro en el que vivió de recién casada. Ese pueblo en el que fue tan feliz, allí nació su única hija, pero no se acuerda del nombre de aquel pueblo.

—¡Ya está! ¿Está bien? —volverá a preguntar ansiosa señalando el cuadernillo. Y la hija, a veces dirá: «Sí», y otras veces dirá la verdad. Gorrión fue la segunda palabra que olvidó.

Ha puesto unas migas de pan en la ventana. Siempre que hace gazpacho aparta un poco de pan duro para los pájaros, cuando ya lo tiene listo lo mete en la nevera. Ha hecho mucho, ha hecho demasiado, siempre le pasa igual. Al final cuando pasan los días y solamente se ha tomado dos tazas, empieza a oler algo raro en la nevera y ve que sobre el gazpacho flotan pequeñas bolitas de moho blanco. Le da rabia, otra vez igual, lo saca y lo tira por el váter. Se promete a sí misma hacer menos la próxima vez, pero cuando vuelve



a hacerlo le pasa lo mismo. Lleva años haciendo la misma cantidad que cuando vivía Antonio y la niña todavía estaba con ellos. «Quizá si esta semana viene a verme pueda darle un poco en un táper», piensa. Está tan bueno el gazpacho y es tan sano. Es de las pocas cosas que todavía le apetece tomar. Cuando va a salir de la cocina escucha un sonido raro, se asusta un poco, pero enseguida ve a los pájaros en el poyete de la ventana picoteando el pan duro. Sin hacer ruido, acerca un poco el taburete y se sienta para mirarlos. Hay uno más pequeño, que pía mucho reclamando la atención de los grandes que le están alimentando. ¡Qué gracioso son los...! No le sale la palabra. ¡Será posible! Se enfada consigo misma y trata de pensar cómo se llamaban aquellos pájaros. Pero no se acuerda y piensa que sería mejor estar muerta. Más le valdría haber muerto ya. Su gesto se ensombrece y deja de mirar a los pájaros que continúan picoteando en su ventana.

Gorrión fue la segunda palabra que olvidó. Aunque no ha olvidado otras palabras que nombran cosas que detesta. No ha olvidado pistola. Se acuerda perfectamente de la que tuvo su padre escondida durante años. Se acuerda de cuando su padre pilló a su hermano jugando con ella y le pegó una paliza. Su padre, que era el hombre más tierno del mundo, que nunca les había puesto una mano encima, pateó a su hermano en el suelo cuando le encontró apuntando a un pájaro con el arma, pero ella ha olvidado cómo se llamaban aquellos pájaros. Claro que aquel al que apuntó su hermano con la pistola no era cualquier pájaro. Lo encontraron un día en la calle, «se habrá caído del nido», dijo su padre. Durante meses lo cuidaron, lo tenían en la terraza, lo alimentaron, le pusieron nombre. Se llamaba Pepe, como su abuelo. Estuvo con ellos hasta que aprendió a volar, luego desapareció, aunque siempre que veían a un pájaro en la terraza, su padre les gritaba: «¡Ha vuelto Pepe!», y todos corrían a asomarse.

La tercera palabra que olvidó fue bigote.

¡Bigote, vaya palabra más boba! Le pasó cuando fue la policía a su casa porque le habían robado. Un hombre muy amable que llamó a su puerta. De nada servía lo que le decía su hija constantemente: «No abras la puerta a nadie». No le hacía caso, ella abría la puerta a todo el mundo, le parecía mal no abrir, le parecía una grosería.

Cuando alguien llama a tu puerta es que necesita algo. Así la habían educado, de joven le daba más miedo, pero ahora ya no le daba miedo nada. ¿Cómo no iba a abrir? Eso estaba mal. Abría a todos los vendedores, a los que venían pidiendo y también abrió a aquel joven tan agradable de la compañía de la luz. Claro que sí, aquel joven le dijo que quería ahorrarle dinero y le pidió muy amablemente un vaso de agua. Ella entró en la cocina para dárselo, pero al salir ya no le encontró. Quizá se lo había imaginado, pero su vecina la llamó para decirle que por qué tenía la puerta abierta.

Luego por la noche se dio cuenta de que le faltaba el monedero que siempre dejaba en la mesa de la entrada para dar dinero a todos los que llamaban a su puerta pidiendo limosna. No estaba el monedero, lo buscó por todas partes. Hasta que se acordó de lo que le había pasado esa mañana. Se sintió avergonzada de su torpeza y decidió no decir nada, pero la cotilla de la vecina había llamado a su hija para contárselo. Su hija vino y estuvieron buscando juntas, no apareció, aunque ella se puso contenta porque encontró muchas cosas que creía haber perdido y todos esos sobres con dinero que había ido sacando del banco, y que no recordaba haber escondido. Se puso contenta, parecía mucho dinero, casi como si le hubiera tocado la lotería. Pero su hija se disgustó. Su hija nunca parecía estar contenta. Dijo que había que llamar a la policía, que si se acordaba cómo era el chico para denunciarlo. Claro que se acordaba, siempre había tenido muy buena memoria, para las caras, además ese chico tenía... ¿Cómo era aquella palabra? Ese chico tenía pelo en la cara, justo encima del labio. Igual que su padre, ¿barba? No, no era barba, era aquella línea de pelo. Igual que su bisabuela, bueno no igual, pero era la misma cosa.

Después de las palmeras, los gorriones y los bigotes, vinieron cientos de palabras más. Siempre le había gustado mucho leer. Su padre era guardia en una finca a la salida del pueblo y ella le llevaba en una cesta la comida que le mandaba su madre a la hora de comer, se sentía como caperucita atravesando el pueblo corriendo con la excusa de que la comida se mantuviera caliente. Cuando llegaba se sentaba en la garita de vigilancia de su padre, en un cojín en el suelo junto a los perros y los acariciaba mientras su padre comía. No sabía cómo lo hacía él, pero sin que ella se diera cuenta siempre



lograba meter en la cesta un cuento de esos pequeños que vendían en el quiosco a una peseta. En cuanto ella llegaba a casa miraba y en el fondo de la cesta los encontraba. Entonces se iba a su cuarto para leerlos tumbada en la cama, con el abrigo todavía puesto. A veces en lugar de ser cuentos, eran pequeñas novelitas de indios y vaqueros. Esas también le gustaban mucho, aunque no sabía si su padre las metía para ella o para su hermano. Daba igual, las leía en una hora y luego ya se ponía a hacer los deberes, antes de que llegara su madre con su hermano del colegio. Ella también iba al colegio, pero como sus padres no tenían mucho dinero, llevaban a su hermano a otro colegio mejor, más caro. Ella iba al de los niños pobres. No le importaba, así tenía más tiempo para leer porque su colegio era de nueve a una, mientras que su hermano no volvía a casa hasta las seis. Guardaba muchas de aquellas novelitas y los cuentos. Hace poco se las había encontrado en una caja y le apeteció leerlas, pero la letra era tan pequeña que ya no podía. Se le juntaban unas líneas con otras. Ahora leer le costaba, no solo por la vista, no conseguía mantener la concentración. Su hija le traía novelas, libros gordos con la letra grande con portadas de colores bonitos, pero le costaba mucho. Era como si antes de acabar una frase se olvidara de cómo había empezado. Un día guardando un sobre con dinero, encontró un viejo libro de su padre que tenía las páginas amarillas, uno de Pío Baroja, *Divagaciones* se llamaba, estaba subrayado. Aquello era perfecto, pensó que si leía lo subrayado era como leer lo más importante del libro y empezó a hacer eso. Dejó de leer libros y empezó a leer subrayados. Además, los leía en voz alta para retener más tiempo las palabras en su cabeza. Claro que este método con las novelas no funcionaba bien, pero para el ensayo era perfecto. Así que empezó a leer ensayo a los ochenta años. ¡Qué cosas más raras tenía la vida!

Pero claro, la cosa no se quedó en los sustantivos. Poco a poco empezaron a fallarle los verbos, ella se daba cuenta de que le costaba hacerse entender, pero es que conjugar los verbos se volvió una pesadilla y comenzó a hablar un poco, como hablaban los indios de sus novelas. Leía a Ortega y a Nietzsche, pero hablaba como Tarzán. A veces no lograba que la entendieran y otras veces se notaba que la gente no quería entender. Ya nadie tenía paciencia. Sin embar-

go, ella recordaba que siempre le habían enseñado que la paciencia era algo bueno. De hecho, casi todo lo que su marido y ella habían conseguido en la vida lo habían hecho a base de paciencia. Las letras del piso las habían pagado así, los mejores guisos que había aprendido a hacer de su abuela, sus mejores labores, como aquellas mantas de colores que hacía uniendo retales de ropas que se quedaban viejas y pasadas de moda. Esas mantas maravillosas debajo de las que se escondía su hija para jugar estaban hechas con telas, es cierto, pero sobre todo estaban hechas con paciencia. Claro que hubiera podido ir a una tienda de esas que había en Pontejos, donde vendían retales, pero entonces las mantas estarían vacías de recuerdos, al hacerlas con ropas suyas, se quedaban llenas. Si cerraba los ojos y tocaba la manta iba reconociendo los tejidos, el paño de su abrigo azul, la lana del jersey verde que le hizo su tía, el gancho de la manta de bebé de su hija, en cada centímetro de tela había un recuerdo.

Sin embargo, la paciencia ahora parecía que no servía para nada. Como no la entendían dejó de hablar con la gente. Solamente charlaba un poco con su hija por teléfono, pero se notaba que estaba cansada del día y según hablaba ella contando lo que había hecho, escuchaba al otro lado cómo su hija se ponía a arreglar la cocina, a hacer las camas, o lo que fuera. Por eso ella podía hablar de esa forma rara que tenía ahora mezclando verbos y sustantivos sin sentido y su hija nunca le decía: «No te entiendo mamá».

Quizá sí la entendía, quizá su hija era la única que a fuerza de paciencia lograba entender lo que ella quería decir más allá de aquel lío de sustantivos y verbos cambiados. Quizá era eso. Claro que también podía ser que no estuviera escuchándola, preocupada por sus propias cosas, por la sartén que tenía que retirar del fuego, por la lavadora que había que tender... Cuando eres joven hay tantas cosas por las que preocuparse, ahora ella ya no tenía esas preocupaciones, parecía como que todo daba un poco igual. Ahora su única preocupación eran las palabras. ¡Qué curioso! Casi como si volviera a ser un bebé.

Así que coge el cuadernillo de ejercicios que le ha mandado el médico y lee en voz alta el enunciado: «Señala los objetos que empiezan por P». No parece tan complicado. Mira la página con

**Interpretextos**

Vol. 2, núm. 3 / marzo-agosto de 2025, pp. 51-58

atención. Hay una llave, una puerta, un sacapuntas, un perro, una sartén, una especie de conejo o gato y aquel árbol, aquel árbol tan alto, aquel árbol igualito que el del patio de su casa de recién casada, y se pregunta si Baroja escribiría algo sobre esos árboles tan bonitos en algún momento de su vida.

*Texto ganador del XXXIV Premio Ana María Matute de Narrativa, publicado en 2023 por la editorial Torremozas.

María Bellido Vargas

Correo electrónico: culculina@hotmail.com.

Española. Escritora independiente. Licenciada en humanidades por la Universidad Carlos III de Madrid.